

Recopilar los antecedentes bibliográficos aparecidos en diarios, revistas y libros acerca de la generación literaria del 50; organizar sistemáticamente el frondoso material, además de examinarlo en forma crítica y validarlo para una historia de la literatura chilena, es algo que no se había hecho. Y fue la tónica que animó al catedrático y ensayista porteño, Eduardo Godoy Gallardo, para acometer la tarea. Un libro de más de 400 páginas, publicado por Editorial La Noria y cuya publicación se generó en el proyecto Fondecyt N° 140, bajo el nombre "Historia externa e interna de la Generación del 50". Luego, reemplazado al ser impreso por **La Generación del 50 en Chile, Historia de un movimiento literario**. En la co-investigación participaron los académicos Haydée Muñoz y Carlos Díaz, profesores, como Eduardo Godoy, de la Universidad Católica de Valparaíso.

Para el autor, la década del 50 al 60 representa un momento importante de nuestra literatura, en la que advierte una inquietud que traspasa lo literario y deja su huella documental en diarios y revistas de su tiempo. La literatura se convierte en primer actor y en presencia permanente en el acontecer nacional.

Esto solo es ya un acontecimiento.

La difusión periodística, la polémica, el pasmo, a favor o en contra, logró colocar a los escritores del 50 en una posición

Comentario de libros: Generación del 50 en Chile

Por SARA VIAL 31

ventajosa y hasta privilegiada. "Lo malo no es que se hable mal de uno... sino que no se hable" decía Oscar Wilde.

El rico material reunido por Eduardo Godoy demuestra que los muchachos del 50 dieron que hablar bastante. Y tuvieron la suerte de que ello ocurriera en una también muy rica etapa de la crítica en Chile. Estaban aún vivos un Alone, un Ricardo Latchman, un Juan de Luigi, todos ellos con plumas capaces de dar vida a cuanto tocaban, además de muchos otros: Qué importaba que la revista **Vistazo** anunciara en su titular: "Pidieron la horca para la Generación del 50". O que en un foro de la Universidad de Chile se reclamara: "Hay 167 poetas que pertenecen a la generación del 50 y no se les nombra".

Mala suerte. En materia de publicidad, habían nacido parados; aunque ello no sea bueno obstétricamente, sí lo es cuan-



do se trata de remecer a la opinión pública, una entidad generalmente adormilada.

Esto lo comprendió mejor que nadie el espadachín del grupo generacional, Enrique Lafourcade, que partió con su **Antología del cuento chileno**, publicada el 54 con juveniles fotografías de los agraciados, que junto con ello definían en pocas palabras lo que es un cuento.

Para Alone, lo mejor fue lo que dijo Margarita Aguirre: "Un cuento es una mano empuñada, a diferencia de la novela que es una mano abierta".

Sin embargo, el gran Alone no los elogia demasiado: "No basta el talento", les dice, reconociéndolo en el puñado de debutantes, 24 en total: "Sólo les falta lo otro, esa pequeña almendra que da la vida; tener algo que contar".

En todo caso, Lafourcade, José Donoso, Jorge Edwards, Guillermo Blanco, por

nombrar los más connotados, tuvieron tiempo para encontrar esa almendra, válida para todo lo que se hace. Así como también los únicos dos poetas que participaron en la primera navegación: Enrique Lihn y Alberto Rubio.

En todo caso, con su antología, Enrique Lafourcade, talento vivo, brioso, acometedor, creativo, lograr echar a andar lo que para algunos pudo ser un ruidoso mito y para otros una centelleante oportunidad. La de ver surgir escritores que se atrevían a burlarse del criollismo, proponiendo cosas diferentes, dentro de la relatividad de todo, por cierto.

Para Eduardo Thomas, crítico, fueron más que un grupo propiamente generacional, "un poderoso movimiento de renovación cultural que se desarrolla en Chile en esa década y dará sus mejores frutos en la siguiente".

Un juicio visionario, en todo caso. No importa que los 24 encontraran la almendra. Bastaban unos pocos, pero buenos.

Se leen con gusto estas páginas, que muestran lo buena que puede ser esa consanguinidad de la literatura y el periodismo, mucho menos eventual de lo que parece. Volver a leer los artículos críticos publicados por los mejores críticos y periodistas de la época, es ya un buen festín para el lector, aparte de todos los méritos del trabajo del profesor Godoy.